

¡Que montoncillo tan hermoso! ¡Y que pajares! Ya no se verá más nada de eso. Ahora hay mucho más, dicen, pero nadie lo ve. Estamos en la época de los millones. Todo se calcula por millones, pero ¿dónde están? Rezan en los papeles, los apuntan en otros papeles, pero el metal, que no era vil precisamente, ¿dónde se habrá metido? Nadie puede contar el dinero, que es lo importante para mirar por él, como la cosecha, para cuidarla, por lo que cuesta. Un millón que se paga con un papel insignificante no es tal millón como contado duro a duro o real a real como los contaban antes los que hablaban de ellos. Lo que se hace solo nadie lo estima y el que lo tiene o lo recibe piensa en otra cosa que de seguro no le ha de favorecer, cuando no le amargue, porque la corriente va hacia la insatisfacción, hacia la fecundación artificial, que nunca podrá sobrepujar a la natural ni el hombre podrá poner su ilusión y su esperanza en obras o hijos no engendrados naturalmente por él.

Las Bienvenidas

Por no saber que hacer con ellas y por lástima de romperlas, se ha dado en poner en las entradas de los pueblos las tinajas de barro de las antiguas bodegas con inscripciones de bienvenida para los visitantes o meros transeuntes, rasgo de cortesía que implica civilidad y supone gran adelanto en relación con los tiempos que se interfería el camino con obstáculos infranqueables y se cerraba con buena tranca. Es un simple saludo pero obliga mucho e induce a las dos partes a la buena relación y al comportamiento correcto.

Alcázar tiene su entrada más importante, que es la Estación, sin ningún saludo al viajero y no sería muy trabajoso ni costoso colocar una sencilla armadura metálica dando la bienvenida a la "Cuna de Cervantes" con su efigie en azulejos y una figura del Quijote.

En ninguna de las calles principales debía faltar algún motivo ornamental que mantuviera viva en nosotros esta idea del Cervantes Alcazareño y en el viajero el recuerdo de que así lo consideramos. Y cuando surgieran motivos como el reciente del monumento, no habría que lanzarse a improvisaciones arrebatadas, el ambiente estaría hecho y la preferencia sería indiscutible, pues las obras sólidas y firmes se hacen con el pequeño esfuerzo de todos los días y no con el impulso arrebatado de un instante determinado.